DANIEL DE LA PEÑA

La enemiga del AMOR



Selecta

La enemiga del amor

Daniel de la Peña

Selecta

A todo el mundo que hace vibrar
con el mundo de amor.

Capítulo 1

—¡¿Qué somos?! —grité.

—¡Mujeres fuertes y empoderadas! —chillaron todas al unísono.

—¡¿A quién odiamos?! —pregunté con rabia.

—¡A los hombres! —berrearon ellas.

—¡¿A todos?! —insistí.

—¡Sí! ¡A todos!

—¡¿Por qué?! —Volví a la carga.

—¡Porque son unos cabrones que solo piensan en ellos mismos y son desleales! —concluyeron mis alumnas.

Aplaudí feliz.

Estaba contenta y muy satisfecha. Mis chicas habían aprendido todo. El cursillo exprés de fin de semana de «Cómo ser una mujer fuerte e independiente» había ido de maravilla.

—¡Chicas! —suspiré pletórica—. Estoy muy muy orgullosa de vosotras. Ahora, después de estos dos días intensos de empoderamiento, ¡estáis preparadas para vivir vuestra vida con plenitud!

Mis treinta alumnas aplaudieron con energía y me vitorearon.

—¡Eres la mejor! —gritó una de ellas.

—¡Siempre nos inspiras! —exclamó otra.

—Yo me apuntaría mil veces más a este curso —señaló una

mujer.

—¡Os quiero! ¡Sois fabulosas! —las felicité—. Me pasaría horas y horas con vosotras, pero el curso acaba ya. Y tengo que dejaros partir hacia vuestra propia felicidad.

Volvieron a aplaudir con emoción.

El curso había sido un gran éxito, como los veinticinco que había impartido. Todas estaban satisfechas, se sentían más empoderadas y con el control de sus propias vidas. Y, sobre todo, sin tener que depender de un hombre. Ese era el objetivo principal del curso. ¡Sacar a los machirulos de nuestras vidas!

Después de concluir el curso, bajé del escenario para hacerme fotos con las alumnas y despedirme. Fue maravilloso comprobar cómo todas estaban eufóricas y encantadas con mis enseñanzas. Todas me felicitaron y me dieron las gracias por ser un referente en sus vidas.

Yo no podía estar más orgullosa de mí misma. Desde hacía un año que decidí montarme un TikTok con mensajes feministas, de superación y antichicos, todo me iba de maravilla. Contaba con más de un millón de seguidoras fieles que apoyaban mi mensaje de cero hombres en nuestras vidas y no depender jamás de ellos. Además compraban los productos que anunciaba en mis redes sociales y asistían a mis cursos de independencia y empoderamiento.

Cuando todas se habían ido y estaba recogiendo la sala donde había celebrado el curso, una de las alumnas regresó.

—Hola, Naroa —me saludó—. ¿Puedo comentarte algo?

—Hola, cariño. Claro, ¿cómo te llamabas? —contesté.

—Fabiola.

—Hola, Fabiola. —Sonreí—. Dime.

—No sé si te va a molestar —susurró.

«¡Uy!, ¡mal empezamos!», pensé.

—No pasa nada. —Ahora forcé mi sonrisa.

—Creo que tu mensaje es un poquito exagerado, ¿no? —Divagó.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—No me siento cómoda odiando a todos los hombres ni sacándolos de mi vida —confesó—. No todos los hombres son malos, ¿no?

—No. Desde luego que no —contesté—. Los gays son maravillosos.

Ella resopló.

—Y hay muchos hombres heterosexuales que son supermajos —apuntó—. Creo que tus cursos son demasiado generalistas. E incitan a odiar al sexo masculino por rencor o porque es más fácil culparlos de nuestras desgracias que enfrentarnos a nuestros errores.

Joder. Lo que dijo Fabiola me tocó las narices de forma exagerada. Así que una a frenarle los pies.

—¿Sabes cuántos años hemos estado relegadas a ellos? ¡Muchos! De hecho, en demasiados sectores seguimos estándolo —respondí con contundencia—. Ellos cobran más por el mismo puesto, ellos tienen más cargos de relevancia, ellos tienen más visibilidad en los negocios, ellos tienen más credibilidad. ¡Tenemos que pararles los pies y ser nosotras las que ocupemos su lugar!

—Naroa, ¿no crees que si algo está mal, como todo lo que has comentado y en lo que coincido contigo, es un gran error repetirlo? —soltó dejándome sin palabras—. Intentar hacer lo que ellos han hecho durante tanto tiempo y que es superinjusto es una estupidez. Es mucho más sensato intentar hacer las cosas mejor, sin discriminar ni poner a nadie por encima ni por debajo.

¡La leche! Fabiola llevaba razón, pero yo tenía otro motivo de peso, y mucho más importante, para odiar al sexo masculino: que un hombre en el pasado me rompió el corazón.

—Ellos nos manipulan, nos hacen creer que siempre podremos contar con ellos, confiar en ellos y cuando nos descuidamos: ¡zas!, ¡se follan a nuestra hermana! —espeté con los ojos vidriosos—. ¡Así son los hombres! Mentirosos, ruines, cerdos, primitivos e incapaces de pensar con otra cosa que no sea la polla.

—No todos son así —replicó.

—¡Genia, Fabiola! Yo ya te he advertido —solté rabiosa—. ¡Haz lo que te dé la gana! Si quieres fiarte de un hombre, enamorarte e ilusionarte para que después te destroce el corazón en mil pedazos: ¡adelante! ¡Bienvenida al club de las mujeres que hemos sido despreciadas por los hombres! A mí no vuelve a pasarme nunca más. Por eso hago estos cursos. Para que todas aprendamos que las mujeres somos capaces de vivir felices sin contar con ningún tío.

—Pero somos seres sociales, necesitamos relacionarnos —insistió ella.

¡Joder!, ¡qué pesadita era la tipa! Ella seguía erre que erre.

—Puedes relacionarte con más chicas —respondí.

—¿Y el sexo? —apuntó.

—Hay juguetes sexuales que te dan mucho más placer que cualquier hombre —argumenté.

—No sé... —murmuró—. No me convences.

—Lo siento, cariño —me lamenté—. Eso significa que tú misma te darás cuenta de tu error cuando un chico te...

—Ya, ya lo sé —me interrumpió—. Cuando un chico me destroce el corazón.

—Exacto —bufé de mala gana.

—¿Y qué pasa si soy yo la que le rompe el corazón a él? —disparó.

—Entonces harás justicia, nena. —Reí.

—Entonces si somos nosotras las que herimos a los chicos, ¿no

somos malas? ¿Somos justicieras? Sin embargo, si ellos nos lastiman, ¿ellos son malos? —reflexionó desafiante.

Aquella chica estaba rebosando mi paciencia con sus impertinencias.

—Mira, mujer, esto no es un curso de filosofía —resoplé—. Aquí se viene a aprender a sobrevivir a las putadas que nos hacen los hombres, no a reflexionar sobre quién es malo o bueno.

—Vale —suspiró—. Solo respóndeme a una cosa más.

—¿Qué?

—¿Y si te cuelgas de un hombre y descubres que no es capullo, tal y como aseguras que lo son todos? —preguntó.

Solté una carcajada enorme.

—Eso es imposible, nena.

—¿Por qué? —Quiso saber.

—Porque todos los hombres son unos cretinos y, aún más importante, porque ni harta de vino me vuelvo a enamorar de un tío.

Eso era lo que creía en ese instante. Sin embargo, lo que estaba a punto de pasar era muy diferente.

Capítulo 2

—¿Qué hago, Naroa? —preguntó Celia al otro lado de la línea—. ¿Qué hago? Soy lo peor. ¡Me he confundido!

—No pasa nada, cariño —intenté tranquilizarla—. Lo primero, respira, ¿vale? Relájate. Todo el mundo se equivoca. Te has acostado con tu ex. No pasa nada.

—¡Cuatro veces este fin de semana! —espetó arrepentida.

—Vale. Te has acostado cuatro veces con tu ex —recapitulé—. Todo el mundo tiene tropiezos y momentos de debilidad. Los hombres son gilipollas, pero hay algunos que están muy buenos. Son así para que caigamos en sus garras y nos dominen.

—Eso me ha pasado a mí —señaló—. Mi ex me ha dominado, pero bien. ¿Qué hago ahora? Soy lo peor, lo sé.

—Celia, por favor, deja de fustigarte —le pedí agobiada por sus continuos ataques hacia ella misma—. ¿Ves? Eso es lo que consiguen los hombres: que nos tratemos mal. Ahora vas a hacer lo que yo te diga, ¿entendido? Lo primero que tienes que hacer es relajarte, ¿vale?

—¿Me fumo un porro? —propuso.

—¡No! Joder, no —espeté—. Sal a correr o ve al gym.

—Muy bien —susurró avergonzada. No podía verla porque estábamos hablando por teléfono, pero seguro que estaba roja—.

Olvido lo del porro.

—Y después deja de castigarte a ti misma. No pasa nada, ¿entiendes? Has tenido un momento de debilidad. Ya está. Es algo normal cuando te estás desintoxicando de los hombres. A veces, cedes a los errores del pasado.

—Ese error ha estado genial, Naroa —comentó—. Me he corrido más de diez veces en dos días.

—A ver, Celia, aclárate —suspiré—. ¿Te arrepientes o estás satisfecha?

—Me arrepiento, me arrepiento —aseguró.

—Pues olvídate de los orgasmos y del capullo de tu ex —le ordené con firmeza—. Y si te apetece correrte, usas el consolador, ¿entendido?

—¡Entendido! —exclamó—. Muchas gracias, Naroa. No sé qué haría sin ti.

—Ser una marioneta para cientos de machirulos —resoplé—. Ahora refuerza y recupera tu independencia como mujer.

—Gracias.

—A ti —contesté—. El pago de la consulta házmelo por Bizum. Son cien euros, pero como eres alumna prémium, gracias a tus recaídas semanales, te hago un pequeño descuento.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hazme el pago de noventa y cinco euros —añadí.

—Ah... —murmuró—. Gracias, Naroa.

—De nada, nena —respondí—. Sé fuerte, sal a correr y mastúrbate con un buen consolador.

—Vale. ¡Gracias! Ya me siento mejor —comentó risueña.

—Me alegro mucho, guapa. Buenas noches —me despedí.

Al colgar, miré la hora en la pantalla del teléfono. ¡Joder! Eran las once de la noche. Llevaba hablando con Celia casi dos horas. ¡Poco

le había cobrado! Celia era una alumna que llevaba medio año asistiendo a mis cursos y también hacía asesorías personalizadas por videollamada o por teléfono. Ella dudaba mucho de sí misma porque su ex le había hecho creer que sin él no valía nada. Celia estaba intentando desengancharse del anormal de su expareja, pero le costaba muchísimo. Así que casi todas las semanas quedaba con él, se acostaban y después me llamaba arrepentida.

Por más que le diese pautas y normas a seguir para olvidarse de él, ella se las saltaba y siempre acababa entre sus brazos. A mí me daba pena por ella. Sin embargo, estaba comenzado a pensar que le gustaba que su ex la puteara. Ya sabes: «Sarna con gusto no pica». Pero yo seguía empeñada en que se deshiciese de él y le diese la patada.

Le recomendé el bloqueo absoluto. Sin embargo, Celia era incapaz. Tenía que trabajar más el apego y la dependencia hacia él.

Caí rendida sobre el sofá mientras dejaba libre un suspiro. Era lunes. El finde había sido intenso con el curso y el primer día de la semana lo había reservado para mí. Ir a darme un masaje, ir de compras, comer con mis amigas..., pero durante todo el día me llamaban distintas clientas para pedirme consultas por teléfono y no podía rechazarlas. La lucha contra el machismo no tenía vacaciones.

Así que recordé mi lema y saqué el teléfono para ver la agenda del siguiente día. Entonces, recibí un correo muy sorprendente.

Lo leí.

> Buenas noches, Naroa.
>
> ¿Qué tal estás? Soy Adán. Te sigo desde hace unos días en tus redes sociales y tu papel de enemiga del amor me tiene intrigado. ¿Por qué odias tanto a los hombres? Y, ¿en serio piensas que todos somos unos arrogantes,

egoístas y narcisistas?

Me gustaría ayudarte a cambiar de opinión y demostrarte que aún quedamos hombres maravillosos: románticos, sensibles, elegantes, generosos y ardientes en la cama.

Te invito el siguiente fin de semana a Roma. Nos vamos dos días a Italia y te demuestro que estás equivocada. ¿Te atreves?

Espero con expectación e ilusión tu respuesta.

Un abrazote muy grande.

Adán

Solté una pequeña carcajada al leer el e-mail.

¿Quién era ese tipo? ¿Se estaba quedando conmigo? Y, ¿por qué estaba tan seguro de que podría hacerme cambiar de opinión?

Me tentó responderle al momento para mandarle a la mierda y pedirle que se dejase de gilipolleces. ¿Cómo me iba a ir un fin de semana a Roma con un desconocido? ¡No! ¿Para qué? Ese tipo no tenía nada que demostrarme. Yo ya sabía que el género masculino apestaba a toxicidad.

Sin embargo, no le respondí ni borré el mail.

Antes de decidir qué hacía, tenía que comentarlo con las chicas.

¿Qué pensarían ellas?

Capítulo 3

—Ve a Roma y disfruta con el papanatas ese —dijo Priscila.

—¡Ni loca! —exclamó Elena—. No sabes quién es ese tío. Puede que sea un perturbado.

—Creo que lo es. —Reí.

Mis amigas y yo habíamos quedado a desayunar a la mañana siguiente para debatir sobre el correo que recibí de Adán la noche anterior.

—Joder —bufó Pris—. Si te paga todo, ve. Si no vas tú, dile que me apunto yo.

—Puede que sea un machirulo de los que te acosa en redes y solo esté gastando una broma —apuntó Elena.

Tenía razón. En los últimos meses había recibido muchos mensajes de odio de hombres y mujeres que no compartían mi punto de vista. Sin embargo, ninguno me había propuesto irme con él a Roma.

—Puede ser —susurré.

—Naroa, eres una mujer fabulosa —señaló Pris—. Eres alta, guapa, tienes una melena castaña que ya me gustaría tener a mí. En serio, ¿usas mascarilla o un champú especifico para mantener el pelo tan sedoso? Además, tienes treinta y ocho años y aparentas ocho menos. Ese tío te ha escrito porque le gustas, sabe que tu

pasado con los hombres es desastroso y quiere enseñarte que hay chicos que son muy guais.

—Bobadas —rechistó Elena—. Quiere reírse de ti.

—¿Hablas como amiga o como representante de Naroa? —preguntó Priscila a Elena.

—Como las dos cosas. No puedo separarlas —contestó Elena—. Como amiga, porque sé que todavía no está preparada para dar el paso de conocer a alguien. Y como representante, porque quedaría fatal que la enemiga del amor se fuese a pasar un finde a Roma con un hombre que no conoce.

—Decidido —aseguré—. Elena tiene razón. ¡Es una locura!

—La vida está hecha para cometer locuras —nos recomendó Pris.

—Priscila, cariño, tú tienes un novio ideal que aún no te ha engañado, que sepamos. Tienes un trabajo de lujo en la clínica dental de tu padre y tu vida es perfecta —alegó Elena—. Entiendo que seas tan optimista. Tienes dinero y amor. Sin embargo, a nosotras nos han puteado los hombres y nuestro trabajo es advertir, a cuantas más mujeres mejor, que se anden con cuidado con los chicos porque pisotean nuestros sentimientos y nos utilizan.

—Voy a responderle al listo de las narices que se meta su propuesta por donde le quepa —susurré.

Entonces, al acceder a la app, comprobé que me había enviado otro e-mail.

Lo leí.

> Buenos días, Naroa.
>
> No sé si has leído mi anterior correo. Te he escrito a esta dirección porque es la que pone en tus redes. De todas formas, como no me has respondido, tal vez no lo

has leído. Así que buscaré la forma de hacerte llegar mi propuesta.

Un abrazote.

—Me ha vuelto a escribir —dije a mis amigas.

—¿Otra vez? —preguntó Elena un tanto molesta.

—¡Jo!, ¡qué majo es! —resopló Pris—. Eso es que le interesas.

—Claro que le interesa, pero para fastidiarla —bufó Elena.

—Me parece que este tío va de listo —les comenté después de leerles el e-mail.

—Dime su nombre a ver si lo localizo en Instagram... —me pidió mi representante.

—Se llama Adán, pero no sé su apellido —contesté.

—Da igual, voy a ver si te sigue y averiguo quién es —dijo Elena.

—¿Sabéis qué? —suspiré—. Voy a responderle diciéndole que no estoy interesada y que se vaya a tomar por saco. Además, puede que sea un tipo insoportable, feo, egoísta, que solo sabe hablar de deporte y con cero sensibilidad. No me apetece conocerlo.

—¡Para! —exclamó Elena—. ¡No le respondas!

Mi amiga me miró mientras tragaba saliva. Tenía la cara blanca y sonrió levemente. ¡Mierda! ¡No! Cuando Elena sonreía así era porque había pasado algo terrible.

—¿Qué? —pregunté asustada.

—Haz las maletas, te vas a Roma.

Capítulo 4

—¡¿Cómo?! —pregunté escandalizada—. ¿Por qué dices eso?

—¿Hace cuánto que has recibido el correo de Adán? —contestó Elena con otra pregunta.

Lo comprobé antes de responder.

—Una hora —señalé.

—Pues el muy listo, como no le contestabas, ha subido un vídeo con la propuesta a redes y te ha etiquetado. Acabo de verlo en silencio mientras hablabas y he leído los subtítulos. Y eso no es lo peor de todo —resopló Elena—. La gente, tus seguidores, lo han visto y ya hay más de dos mil comentarios.

—¡¿Qué?! —exclamé.

Elena activó el sonido de su teléfono y reprodujo el vídeo. Salía un hombre de unos cuarenta años. Tenía el pelo castaño y era bastante atractivo, y decía:

—Hola, soy Adán. Quiero hacer una propuesta a Naroa García, la enemiga del amor. Quiero demostrarle que no todos los hombres somos unos capullos, tal y como ella asegura. Así que le propongo pasar conmigo un finde en Roma para que compruebe que soy un tipo legal, generoso y bueno. No busco fama ni dinero al lanzar estar propuesta. Soy entrenador personal de personajes populares y tengo muy buena reputación. Además, estoy bien posicionado

económicamente. Solo quiero demostrarle a Naroa que se equivoca. ¿Qué me dices, Naroa? ¿Aceptas?

Quise desaparecer en ese instante. ¿Cómo había sido capaz de grabar semejante vídeo, subirlo a las redes y etiquetarme? ¿Estaba loco?

—Será cabrón —espetó Elena.

—Oigan, chicas, es muy mono. Y, además, es entrenador personal. Seguro que está buenísimo. Nere, cariño, esta oferta no la puedes rechazar —apuntó Priscila.

Fulminé a mi amiga con la mirada.

—¡Pues la rechazo! —exclamé—. Paso de ese capullo.

—Pero no puedes pasar de tus seguidores, que están comentando el vídeo de Adán —señaló mi repre—. ¡Joder! En menos de una hora ya lleva más de medio millón de reproducciones.

—¿Qué dicen mis seguidores? —pregunté con cautela.

—Que vayas y le demuestres a Adán que se equivoca —contestó Elena—. Todo el mundo te recomienda que no seas aguafiestas y aceptes la propuesta de Adán.

—No me jodas —susurré.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —soltó Elena.

—No. ¿En serio? —protesté—. ¿Tengo que ir?

—Te debes a tus seguidores, cariño. Ellos quieren que vayas —insistió.

—¡Qué guay, Naroa! —celebró Pris mientras levantaba los brazos por pura felicidad—. ¡Te vas a Roma!

—¿Vienes conmigo? —le pregunté a mi representante.

Elena suspiró agobiada.

—Eso ahora no importa —comentó de mala gana—. Tenemos que pensar en cómo respondemos.

Muy bien. Era inevitable. Por culpa de la presión social, tenía que

aceptar la puta propuesta del pirado que me había escrito por e-mail. Iría. Claro que iría, pero con mis condiciones. Así que, en ese mismo instante, decidir coger yo la batuta.

—Perfecto, chicas. Ya sé qué voy a hacer. —Sonreí con picardía —. Voy a responderle a Adán. Y os aseguro que lamentará haber ido de listo conmigo.

Capítulo 5

Cogí mi teléfono móvil mientras Elena me animaba a grabar el *reel*.

—Vas a hacerlo genial —soltó mi amiga.

—Qué remedio —susurré.

Abrí la app de cámara, puse el *selfie* y pulse el botón de grabar.

—Buenas tardes a todas y todos —saludé—. He visto el vídeo de Adán. He pensado mucho su propuesta. Yo no aceptaría porque sé que todos los chicos son imbéciles. A mí solo me han utilizado y han presumido de su estatus social. Pero como la mayoría de vosotros queréis que le dé una oportunidad, voy a aceptarla. —Miré a cámara con picardía—. Adán, acepto tu propuesta. Sin embargo, voy a tomarla con la misma chulería que os pavoneáis vosotros. O con el mismo morro que has tenido al subir tu vídeo a redes, etiquetándome y poniéndome en el compromiso de aceptar tu ridículo jueguito. Tengo condiciones, ¿ok? A ver si las aceptas tú. Primero, no viajaremos juntos. Me gusta estar tranquila durante el vuelo y no quiero que me des la chapa, ¿entendido? Segundo, voy a ser muy muy superficial, así que quiero dormir en un hotel cinco estrellas con una cama muy confortable y muy alejada de la tuya. Es decir, dormiremos en habitaciones distintas, ¿vale? Y, por último, como la propuesta ha sido tuya: tú invitas a todo. Si aceptas esas condiciones, este finde me voy contigo a Roma.

Paré de grabar después de soltar mi alegato. A continuación, edité el vídeo y lo subí a mi perfil de Instagram.

—Listo —me felicité.

—Está perfecto, cariño —dijo Elena, que había venido a mi casa conmigo—. Seguro que le resultan tan exageradas tus condiciones que declina la invitación.

—No creo que sea tan gilipollas de aceptarlas —añadí.

Pasé la tarde en la piscina privada de mi urbanización. Era mediados de septiembre, pero hacía mucho calor, así que Elena y yo decidimos refrescarnos en el agua, mientras marujeábamos de las *influencers* y tomábamos unas cervecitas.

Fui a darme un chapuzón mientras mi amiga se quedaba tomando el sol y echando un vistazo a las redes. Cuando llegué de nuevo a su lado, Elena estaba pálida.

—No me jodas, nena —bufé de mala gana—. El muy idiota ha aceptado mis condiciones.

—Exacto.

Me puso el *reel* de respuesta de Adán.

—Me parece perfecto, Naroa —dijo él—. Si yo propongo, yo dispongo. Te esperaré en el aeropuerto de Roma. No te preocupes, le enviaré los billetes de avión a tu agencia de representación. Dormiremos en habitaciones separadas en un hotelazo de cinco estrellas. Yo te invitaré a cenar, a comer y a todo. Y tú —rio—, tú descubrirás que estás equivocada y que los hombres somos maravillosos.

Resoplé al ver el puto vídeo.

—No me puedo creer me vaya a pasar un fin de semana completo con ese payaso —sollocé mientras me frotaba la frente con la mano.

—Oye, por lo menos, el tío es atractivo —señaló mi amiga.

—¡No empieces con las mismas chorradas que suelta Pris! —exclamé disgustada—. ¿Por qué me meto yo en estos líos?

Elena tiró de mí para que me sentase a su lado.

—Cariño, deja de ver este incidente como un problema —me recomendó—. Seguramente Adán no te demuestre nada. Tú ya tienes las ideas muy claras. Sin embargo, puedes ver esta escapada como una oportunidad ideal para hacer contenido para tus redes. Cuentas con más de un millón de seguidoras que seguro que les fascina ver fotos tuyas recorriendo las preciosas calles de Italia. Y, además, el viaje te sale gratis.

«¿Gratis?», pensé abatida. «Tendré que soportar al capullo de Adán. Casi prefiero pagarme yo el viaje e irme sola», me tentó responderle. Sin embargo, no quise dramatizar más.

—Te vienes conmigo, ¿verdad? —Quise saber.

—No puedo, Naro —contestó—. Viene mi hermana de Canarias y se queda en mi casa.

Solté un bufido desesperado.

—Va a ser un finde de mierda —resoplé.

—O la mejor aventura de tu vida —intentó animarme mi amiga.

Yo lo dudaba enormemente. Iba a estar sola, en una ciudad que no era la mía, con un desconocido descarado. ¡Aquel plan era una locura! Aunque no tenía ni idea de lo mucho que aquel viaje me iba a cambiar la vida.

Capítulo 6

Pasé el resto de la semana agobiadísima, pensado en abortar el plan de Roma e inventándome excusas para contarles a mis seguidores justificando mi rajada máxima. En plan: «Este finde imparto un curso sorpresa» o «No me acordaba de que este fin de semana tenía otro viaje y no puedo ir a Roma».

Sin embargo, Pris y Elena se empeñaron en que no desistiese y no lo cancelé.

Así que ahí estaba yo; en el avión a punto de llegar a Roma en media hora.

Escribí a mis amigas en el chat de wasap.

Naroa
¡Os odio!

Priscila
No digas eso, ¡es muy feo!
Te lo vas a pasar en grande y, además,
para tu trabajo es un estudio de valor incalculable.
Si Adán resulta ser un impresentable,
podrás documentarlo y mantenerte firme
en tus convicciones.

Naroa

No necesito más documentación.
Todas las semanas sé de casos nuevos
en los que los hombres desprecian
a las mujeres.
Mis alumnas me lo cuentan.

Elena
¡Basta ya, Naroa!
Ya estás en el avión. No protestes más.
¡Joder! Estás yendo a Roma, no a la cárcel.
Déjate de chorradas y disfruta de la pasta italiana,
de los helados y del café, ¡qué son buenísimos allí!
Y ya de paso, te follas a un italiano
y rebajas tu nivel de ansiedad.

¡La leche! La respuesta de Elena me dejó alucinada. Entonces reflexioné: ¿tan pesada había sido estos días con el tema de Adán para que me respondiese con tanta contundencia?

Naroa
Soy un poquito intensa, ¿verdad?

Priscila
Eres precavida. No te preocupes. Te entendemos.

Elena
Te has quedado en la Edad de Piedra, cariño.
Tienes que evolucionar y, quizá,
tu escapada con Adán sea el mejor momento.

No entendía la actitud de Elena. Ella siempre había pensado como yo. ¿Qué le pasaba?

Naroa

¿Me estás vacilando, Elena?

Elena
No. Estoy invitando a que reflexiones
y refresques tus ideas.
Tal vez todos los hombres no son
tan malos como aseguras.

¡Ay, mi madre! ¿Qué me había perdido? ¿Por qué mi amiga, la segunda enemiga del amor, pensaba así? ¿Por qué había cambiado de opinión?

Naroa
¿Te ha hecho una propuesta,
alguna marca para que ahora hables bien
de los hombres?

Elena
No, hija, no.
Quiero que abras los ojos.
Solo eso.

Naroa
¡Los tengo muy abiertos, chicas!
Y más que los voy a tener ahora con
el descarado de Adán.
En parte, estoy aquí por vuestra
culpa. Así que también estoy
enfadada con vosotras.

Priscila
¿También? ¿Con quién más estás enfadada?

Naroa
¡Conmigo misma porque soy gilipollas

al meterme en este puto lío!
Y con vosotras por no frenarme,
al contrario. Por casi obligarme a venir.

Elena
Mira, guapa.
¡Madura o vete a la mierda!
Y, sobre todo, deja de responsabilizar
a los demás de tus movidas. A nosotras,
por estar allí.
Y a los hombres de todos los males del mundo.

Eso me dolió. Me dolió mucho.

Naroa
¡Elena, estás despedida!

Elena
¡Gracias! ¿Esta vez es en serio o es como
todas las veces anteriores que te has
enfadado conmigo y me has despedido,
pero después me vuelves a contratar?

Naroa
¡Te odio!

Elena
¿Sabes qué? No hace falta que me
despidas ¡me voy yo!
¡Joder! Eso no lo esperaba.
¿Qué narices le pasaba a Elena?

Naroa
¿Perdona?

Priscila

Chicas, vamos a tranquilizarnos.

Elena

Yo estoy muy tranquila. Ya le he dicho
a Naroa todo lo que pensaba.
Espero que se lo pase muy bien
en Roma; y que al volver,
si ha reflexionado, que me llame.

Naroa

No tengo nada sobre lo que reflexionar.

Elena

¡Genial!
Entonces, pasa de mí, *mamarracha*.

Capítulo 7

Cuando bajé del avión estaba muy nerviosa, no solo por la bronca que había tenido con Elena, sino por conocer a Adán. ¿Cómo sería? ¿Simpático? ¿Risueño? ¿Seductor? ¿Arrogante?

A media que iba caminando por el aeropuerto y me dirigía a la salida, vi a lo lejos a un hombre que no dejaba de mirarme mientras me sonreía.

Lo reconocí en cuanto estuve a pocos metros de él. ¡Era Adán!

El hombre era guapísimo, alto, tenía el pelo castaño y unos ojos azules deslumbrantes. Y su sonrisa, ¡uf!, era de película.

—Buenos días, Naroa —me saludó al llegar a su lado—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal ha ido el viaje?

Sus preguntas, lejos de reconfortarme, me irritaron. Estaba enfadada con el mundo, así que no puede contenerme.

—¿Por qué has tenido esta ridícula idea de pasar un finde en Roma? —disparé.

Él se sorprendió ante mi desfachatez, pero enseguida recuperó la compostura.

—Para que descubras que...

—Ya, ya, ya —lo interrumpí—. Que todos los hombres no sois odiosos.

—¿Estás bien? —Se interesó.

—¡No! —estallé—. Este plan no me gusta, acabo de discutir con una de mis mejores amigas y tú, además de ser muy atractivo, eres muy amable conmigo y eso me irrita.

Adán se echó a reír.

—¿Por qué? —Quiso saber.

—Porque sé que bajo esa fachada de hombre perfecto se esconde un tipo desleal, infiel y egoísta —argumenté.

—*Mamma mia!* —exclamó—. ¿Eso piensas sobre mí?

Le pasé mi maleta para que me la llevase él.

—No lo sé —sollocé.

—Venga, Naroa. ¿Qué piensas sobre mí?

Y entonces dije algo que ni yo misma esperaba.

—Lo único que puedo pensar ahora es en ir al hotel para follar salvajemente contigo.

Capítulo 8

Entramos en la habitación del hotel mientras nos devorábamos a besos. Adán me tumbó sobre la cama para colocarse encima de mí.

Suspiré al notar su cuerpo tan cerca del mío y su peso.

—Un momento, ¿dónde estamos? —pregunté.

—En el hotel. —Frunció el ceño—. Acabamos de hacer el *check in*.

—Eso ya lo sé —bufé—. Me refiero a si estamos en tu habitación o en la mía.

—¡Qué más da! —contestó.

—¡No! —exclamé—. Para mí es importante porque no quiero que se quede aquí tu olor, no tener el recuerdo de nuestro encuentro sexual si esta es mi habitación.

Adán soltó una gran carcajada.

—Me parece que te autoimpones muchas normas, ¿no?

—Son las que me mantienen a flote —gruñí—. ¿Es tu habitación o la mía?

—¡Joder! —protestó—. La tuya.

—Por esta vez lo pasaré —comenté. El morbo me nubló.

Volví a besarlo con pasión. A continuación, le desabroché la camisa. Adán se puso de pie y se quitó los zapatos, el pantalón y el bóxer.

¡Caray! Su miembro viril era potente. Solté un suspiro. Hacía más de un año que no tenía contacto con un hombre y, aunque me costase admitirlo, estaba impaciente.

Después me quité el vestido y la ropa interior.

Adán se tumbó de nuevo sobre mí. ¡Uf! Me estremecí al notar su pene sobre mi sexo.

—Ponte un condón y fóllame —le ordené.

—Tranquila, Naroa. —Rio—. Esto está yendo demasiado deprisa, ¿no crees? Vamos a disfrutarlo con calma.

Entonces me entró el sentido común, y al escuchar las palabras «demasiado deprisa», quise frenar. En realidad no quería parar, pero estaba dudosa: ¿me entregaba al placer o me hacía la dura?

—No debería hacerlo —susurré.

—¿Seguro? —preguntó él antes de hacer nada más—. Si no quieres seguir, lo dejamos aquí.

Me sorprendió gratamente que fuese tan atento y compresivo. Entonces, pensé que ya estaba harta de hacerme la dura y que necesitaba dejarme llevar. Yo quería abandonarme al placer.

Abrí las piernas para que Adán hiciese su trabajo.

—¿Seguro? —insistió él.

Asentí con picardía.

Otra vez volvió a sorprenderme. En lugar de ponerse un preservativo y penetrarme, me regaló un escandaloso sexo oral. ¡Aquel hombre era maravilloso con la lengua! Agarré las sábanas con los puños al retorcerme de placer.

—¿Te gusta? —preguntó.

—¡Joder! ¡Me encanta! —exclamé.

—¿Subimos el nivel? —propuso.

«Llévame a donde quieras», pensé. Sin embargo, me limité a asentir de nuevo.

Adán se piso de pie, sacó un condón del bolsillo de su pantalón y se lo puso. Acto seguido, se tumbó sobre mí para comerme los pechos y lamer mis pezones. ¡Joder! Adán sabía dar placer a una mujer. Suspiré de puro gusto.

—Quiero que disfrutes, Naroa —susurró.

Aquella frase me sonó a gloria. Así que le comí la boca mientras lo masturbaba con la mano. Él gimió de gusto.

—Me gusta que te dejes llevar —murmuró.

Aquella frase me hizo sentir culpable. ¡No! Me estaba dejando llevar y los remordimientos y la culpa amenazaban con sabotear aquel momento de disfrute.

—Fóllame ya —le pedí para no abortar la relación.

—Como quieras, preciosa —contestó.

¡Joder! Sentí un placer inmenso cuando me penetró. A continuación, repitió el movimiento y dejé libre un gemido de placer.

Adán continuó con sus embestidas sin parar.

—Dame más, por favor —le pedí superexcitada.

Adán intensificó sus sacudidas. Cada vez eran más intensas y placenteras.

Entonces, miré a un lado y vi nuestro reflejo en el espejo que estaba ubicado en la pared. La escena era de lo más erótica. Adán, un hombre guapísimo y deportista, follándome con pasión y ganas.

El placer era cada vez más complicado de controlar, sentí que estaba a punto de llegar al clímax cuando él chilló:

—¡Joder! Me corro.

Aquella confesión me excitó mucho más y yo también llegué al orgasmo mientras exclamaba de puro disfrute.

A los pocos segundos, Adán cayó rendido a mi lado. A continuación, me miró y sonrió.

—¿Has disfrutado? —Quiso saber.

Había disfrutado como nunca. Jamás un hombre había sido tan generoso en la cama. Mis anteriores amantes se habían limitado a satisfacerse a ellos mismos. Sin embargo, Adán se preocupó en colmarme de placer.

—Mucho —contesté.

¡Zas! Y entonces vino la culpa a mí otra vez. «¿Cómo has podido acostarte con él? Seguro que te ha utilizado. No te dejes seducir, él es como los demás: solo busca manipularte a su antojo». Me agobié. Me agobié muchísimo. Así que quise poner paz a todo mi alboroto interior.

—Ya puedes irte —solté.

—¿Perdona? —preguntó confuso—. ¿Quieres que me vaya?

—Sí. Acabo de llegar a Roma. Estoy agotada del viaje y quiero ducharme y estar sola —mentí.

—Si quieres nos duchamos juntos —propuso antes de abrazarme.

Me zafé con rapidez porque me notaba admitir que en sus brazos me sentía extrañamente cómoda.

—No. —Me mantuve en mis trece—. Quiero estar sola.

—Vale. Lo entiendo —dijo él mientras se levantaba para vestirse —. Te dejo espacio. ¿Nos vemos en una hora y damos un paseo?

—¿Es obligatorio? —pregunté con ironía.

—El plan es que te demuestre que los hombres somos agradables, ¿no? —Se encogió de hombros—. Tenemos que pasar tiempo juntos. Aunque creo que ahora te he demostrado que somos generosos y podemos satisfaceros.

¡Uy! Aquella frase me sonó tan arrogante que solo me quedó una opción para pararle los pies.

—En una hora estaré en el *hall* del hotel —apunté—. Sin embargo, quiero que sepas que lo que acaba de pasar no tiene

relevancia para mí. Solo ha sido un momento de calentón y haré como si no hubiese pasado.

Todo era mentira. Aquel momento de sexo con él fue mucho más que sexo. Me sentí libre por primera vez en la cama con un hombre, disfruté como nunca y supe que jamás sería capaz de borrarlo de mi mente.

Adán era distinto a los demás y eso me aterraba.

Capítulo 9

—Ha sido el mejor orgasmo de mi vida —confesé a Priscila—. He alucinado.

En cuanto Adán se fue de mi habitación, llamé a mi amiga para contarle lo que había pasado.

—¡Jolín, Naro! —exclamó al otro lado de la línea—. ¡Me alegro un montón! ¿Vas a darle una oportunidad para conocerlo mejor?

—No. Seguro que es un capullo —espeté.

—¿No? ¿Entonces por qué te has acostado con él? —Quiso saber Pris.

—Primero, porque me apetecía —contesté—. Además, llevaba mucho tiempo sin follar con alguien y estaba muy excitada. Él es muy atractivo. Y, si quieres que te diga la verdad, estaba tan sólida con Elena que necesitaba gastar mi energía de rabia haciendo algo.

—Venga, Naroa, no me vaciles. —Rio mi amiga—. Has hecho el amor con él porque tenías energía de más, ¿no? Sin embargo, que ese tío te atrae sobremanera no ha tenido nada que ver —dijo con ironía.

—Una cosa que quede clara, Pris —le advertí—. No he hecho el amor con él. Me lo he follado, ¿vale?

Priscila soltó una carcajada.

—Eres incorregible.

—Y sí. Lo admito —confesé—. Me gusta. Es sexy y está muy bueno.

—Y lo has pasado de maravilla con él porque ha sido muy generoso en la cama —recapituló mi amiga.

—Así es —resoplé—. No sé qué hacer, cariño. Estoy confusa. Yo no soy de las que se dejan llevar. Y... —suspiré—. Me asusta hacerlo y que me haga daño.

—Naroa, siempre eres muy radical —dijo Priscila—. Para ti todo es blanco o negro; y en la vida, también hay colores intermedios, ¿sabes? No desprecies a Adán ni te enamores a primera vista, ¿entendido? Solo dale una oportunidad para conocerlo un poco. De esa forma, también te estarás dando una oportunidad a ti para ser más feliz. Tiene que ser agotador ser la enemiga del amor cuando la vida con ese sentimiento es maravillosa.

Priscila tenía razón. Quizá ya era hora de evolucionar y dejar el papel de enemiga del amor. Y, tal vez, conocer a Adán era el primer paso hacia mi felicidad. ¿Me atrevería a darlo?

Capítulo 10

Estaba esperando a Adán en el *hall* del hotel cuando recibí un mensaje de Elena.

Lo leí.

Elena

Buenas tardes, Naroa.
Siento si antes he sido un poco
brusca, pero, a veces, eres muy cabezona.

Naroa

Si eso es una disculpa, suena muy cutre.

Elena

¿Por qué siempre tengo que disculparme yo?
¿Acaso tú haces todo bien?
Creo que las dos nos hemos excedido, ¿no?

Naroa

Sí. A las dos se nos ha ido la pinza.
Y, en parte, comprendo lo que
querías decirme.
Quizá, si me relajo un poco
con los hombres, puedo ser más feliz.

Elena

Exacto, cariño.
Pero creo que es un asunto muy importante
como para hablarlo por mensaje.
¿Te llamo?

Naroa

No puedo hablar ahora. He quedado con Adán
y no creo que sea de buena educación hablar
contigo mientras él espera.

Elena

¡Uy! ¿Pasas de mí por un hombre?
¿Dónde está la verdadera Naroa?
Ja, ja, ja. Es broma. Lo entiendo, cariño.
¿Todo bien entre nosotras?

Naroa

Sí. Tenemos que hablar, pero todo bien.
Te quiero.

Elena

¿Hablamos a la vuelta?
Yo también te quiero.

Naroa

Perfecto.
Besitos.

Elena

Besitos.
¡Y que vaya muy bien la cita!

Sonreí al solucionar el malentendido con mi amiga. Aunque aún nos quedaban cosas por hablar, ya volvíamos a tener relación. Si hubiésemos estado enfadadas más tiempo, lo habría pasado

realmente mal. Con ellas, con Pris y Elena, siempre solucionaba los problemas y remábamos para construir una relación saludable de amistad.

Entonces levanté la vista porque escuché a alguien venir hacia mí y, ¡boom!, casi caigo fulminada por la belleza de Adán. ¡Caray! Estaba guapísimo con un pantalón de traje negro, la americana a juego y una camisa blanca. Ese hombre era muy atractivo.

—Buenas tardes, Naroa —saludó—. ¡Guau! Estás deslumbrante con ese vestido rojo.

Me dio un beso en la mejilla, que me ruborizó. ¿Por qué? No entendía por qué me intimidaba que me diese un inocente besito de nada cuando habíamos desatado nuestra pasión hacía una hora.

—Buenas tardes, Adán —contesté—. Tú también estás muy guapo.

—¡Genial! —exclamó feliz—. Me has dicho un cumplido, ¡eso hay que celebrarlo!

—¿Me estás vacilando? —solté a la defensiva.

¿Ya estaba echándome en cara que antes era arisca y ahora le había dicho que estaba guapo?

Adán rio.

—No. Quítate la coraza y no te sientas atacada —me recomendó —. Yo soy así. Me alegro por todo. Y me gusta celebrar los pequeños detalles de la vida. Aunque que me hayas piropeado, ¡es algo brutal! Ven. Acompáñame.

Me cogió de la mano para sacarme a la calle.

—¿Dónde vamos? —Quise saber.

—A dar un paseo en moto.

—¿En moto? —pregunté.

—Sí. Y tomaremos un helado —añadió.

Caminamos unos metros hasta que llegamos a una *scooter*

preciosa azul marino.

—¿Te dan miedo las motos? —soltó.

—No. A mí no me da miedo nada. —Me hice la chula.

—¡Perfecto! Conduzco yo porque tú no sabes a dónde vamos —comentó.

—Me parece bien. —Reí.

Me hizo gracia que intentó que su iniciativa de conducir él la moto no sonara a una machirulada. Fue muy empático.

Montamos en la moto y dimos un paseo muy agradable por las preciosas calles de Roma. Preciosas y estresantes, porque el tráfico era intenso. Sin embargo, abrazada a la espalda de Adán me sentí muy cómoda. ¡Joder! Ya era la segunda vez que me sentía genial a su lado.

En menos de veinte minutos llegamos a una cafetería preciosa y decidimos tomarnos un helado en su terraza.

Yo lo pedí de nata y menta; y Adán, de chocolate.

—Aquí los helados son deliciosos —señaló Adán ilusionado.

Me encantaba su carácter enérgico y que se entusiasmaba con todo.

—¿Vienes mucho a Roma? —disparé.

—Se nota, ¿no?

—Claro. Te conoces las calles de maravilla y sabes dónde tomar un buen helado —contesté.

—Mis padres viven aquí. Son italianos —me contó—. Cuando tenía siete años nos mudamos a Madrid por motivos laborales de mi padre. Con el tiempo, ellos regresaron porque añoraban a su tierra y a sus familiares. Sin embargo, yo me enamoré de Madrid y me quedé en España. Pero vengo a verlos con mucha frecuencia.

—Interesante —solté sin pensar.

—¿Ah, sí? —Sonrió—. ¿Te resulto interesante, Naroa?

—Me caes bien —confesé—. Y eso ya es mucho.

—Me alegro —respondió—. ¿Sabes qué? Cuando pruebes el helado, te voy a caer mejor.

Solté una risotada espontánea. Adán sabía hacerme reír.

El camarero vino y nos trajo los helados.

—Pruébalo —dijo Adán.

Cogí un poco con la cucharita y me lo metí a la boca. ¡Joder! ¡Qué pasada! Era el helado más bueno que había probado nunca.

—¡Ostras, Adán! Está realmente exquisito —señalé.

—Lo sabía. —Rio.

Entonces, lo miré y una pregunta vino a mi cabeza. Una pregunta que decidí no callarme.

—Adán, pareces un tipo simpático, agradable y sano mentalmente...

—¿Tengo que darte las gracias por ese comentario? —bromeó.

—No. —Reí de nuevo—. Quiero decir que pareces alguien normal. Así que me gustaría saber por qué me has hecho esta propuesta.

Adán sonrió antes de reclinarse en su silla.

—Lo de «normal» es muy complicado de calificar, ¿no crees? Hoy en día, ¿quién es normal? —reflexionó.

—Es una forma de hablar. —Hice un ademán con la mano—. Responde a mi pregunta.

—Antes me gustaría que supieses que hace dos años comencé a salir con una chica guapísima, divertida y con la que me lo pasaba de maravilla. Ella también vivía en Madrid y pensé que sería el amor de mi vida —confesó un poco nervioso—. Nos veíamos todos los días. Y durante un año, fuimos inseparables. Hasta nos fuimos a vivir juntos. Me enamoré de ella sin remedio. Un día me armé de valor y decidí pedirle matrimonio.

—¡No me jodas, Adán! —exclamé escandalizada—. ¿Estás casado?

—Déjame que acabe mi historia —me pidió. A continuación, levantó la mano—. ¿Ves alguna alianza?

No. No llevaba anillo. Entonces supe que la historia no iba a tener un final feliz.

Negué con la cabeza.

—Ese día, cuando regresaba a casa dispuesto a pedirle que se casara conmigo...

—¡La encontraste con otro en la cama! —chillé horrorizada—. ¡Qué cerda! Ese cliché es una mierda.

—No. —Rio—. Eres muy impaciente. Déjame acabar.

—Vale. Vale. Disculpa.

Es que estaba tan metida en su historia que la vivía con intensidad.

—Cuando regresé a casa, no estaba. Ni ella ni sus cosas. Se había ido. Al cabo de unas horas, después de llamarla sin parar, me envió un mensaje diciéndome que se había enamorado de otro y que me dejaba.

¡Caray! Sentí mucha pena por él. Quise abrazarlo para reconfortarlo. Y eso hice. Mandé a mis prejuicios a tomar por saco para mostrarle mi afecto.

—Lo siento, Adán —susurré.

En cuanto nos separamos del abrazo, me miró con ternura.

—Gracias —contestó—. Estoy bien. Lo he superado. Sin embargo, quiero que sepas que después de esa experiencia traumática no he perdido la fe en el amor. Ni creo que todas las mujeres sean unas cabronas sin corazón. ¿Me sigues? ¿Ves a dónde quiero llegar?

Le comprendí perfectamente. Y su vivencia me abrió los ojos,

pero yo sí que estaba dolida aún con mi ex. Y la fe en el amor, no estaba segura de si un día la recuperaría.

—Mi ex me engañó con mi hermana —sollocé—. ¿Sabes el cliché que te he comentado ahora, el de pillarlos en la cama? Ese me pasó a mí. Desde ese instante, me prometí que ningún hombre me lastimaría jamás. Y me cerré las puertas al amor.

—Pero no todos los hombres somos como el capullo de tu ex —comentó Adán mientras me cogía de la mano.

—Si le insultas me caes mejor —bromeé—. Tu propuesta me desagradó al principio porque pensaba que eras un machirulo que solo quería reírse de mí y de las mujeres empoderadas. Sin embargo, estoy empezando a pensar que eres un hombre interesante y que me apetece conocer.

—¿En serio? —se ilusionó—. Eso me encantaría porque tengo unas cuantas ideas para que me conozcas mejor.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Poco a poco, Naroa. Quiero sorprenderte. Quiero que te lo pases de maravilla —susurró con su voz grave, que era muy sexy—. Y, sobre todo, quiero que sea el mejor fin de semana de tu vida.

Capítulo 11

Pasamos la tarde entera conociéndonos mejor mientras paseábamos por las impresionantes calles de Roma. Él me contó que adoraba el deporte. que le encantaba mejorar la vida de los demás a través del ejercicio físico. Además, me reveló que entrenaba a muchos *celebrities*, cantantes y actores. Me gustaba su espíritu de superación y, sobre todo, que le gustaba mucho ayudar a los demás.

Yo le conté que había dejado mi anterior trabajo para empoderar a mujeres. Que eso me hacía feliz y que mi anterior relación fue la que me dejó herida.

Adán y yo nos llevábamos muy bien. Estaba disfrutando de nuestra velada. Y, de vez en cuando, me venían a mi mente escenas de nuestro apasionado polvo en el hotel y me encendía. Pero evitaba recrearme en ellas para no meter la pata y proponerle repetir.

Ahora estábamos en una terraza muy mona, que estaba ubicada cerca del Coliseo. Así que imagínate: ¡las vistas eran inmejorables!

Pedimos pasta para cenar y tenía que reconocer que estaba deliciosa.

—Adán, me va a costar mucho decir lo que voy a pronunciar a continuación —solté.

—Sorpréndeme. —Rio.

¡Uf! Su sonrisa era arrebatadora, irresistible y adictiva. Podía

acostumbrarme a contemplarla toda mi vida.

—Lo estoy pasando genial —admití—. Y, no sé cómo, pero consigues que no esté a la defensiva contigo. A tu lado me siento bien, muy bien.

—¡Me alegro mucho, Naroa! —exclamó risueño—. Sin embargo, el mérito es tuyo. Tú has superado los prejuicios que tenías contra los hombres y estás disfrutando de nuestra quedada.

Me sorprendió que se quitara el mérito y me lo diese a mí.

—Los dos somos culpables, entonces. —Reí—. Yo por superarme y tú por ser tan agradable. Aunque espero que no sea una táctica para seducirme, ganar puntos y luego convertirte en un cretino integral.

Adán soltó una gran carcajada.

—¿Naroa, solo has estado con ese tipo de chicos? —preguntó preocupado—. No todos somos así. A ver —suspiró—. Yo no soy perfecto y cometo errores. No obstante, intento no lastimar a nadie y hacer el mundo un poquito mejor.

¡Uf! Ese comentario me gustó sobremanera. Adán era adorable.

—Estoy empezando a sospechar que mi currículum sentimental es una auténtica porquería —lamenté antes de dar un trago a la copa de vino—. Mi ex fue lo peor. No solo por engañarme con mi hermana. También era manipulador, egoísta y narcisista. Sin embargo, mis dos anteriores novios eran unos capullos de mucho cuidado. Creo que siempre repito el mismo patrón al echarme pareja. Por eso decidí no volver a tener contacto con los hombres.

—Hasta que te escribí yo —susurró mientras me cogía de la mano.

No sonó prepotente, sino rebosante de cariño. Adán era especial. Sencillo, sensible y le importaban mis sentimientos.

—Dudé mucho en aceptar —contesté.

—Lo sé, lo sé. —Rio—. Me lo has contado. Naroa, ¿puedo hacerte una pregunta personal? Quizá sea muy íntimo o te duela, no respondas si no quieres, ¿vale? Pero, ¿tu ex y tu hermana siguen juntos?

—No. Jugó con ella y la dejó tirada. Sin embargo, yo no me hablo con ninguno de los dos. Ambos me traicionaron —me lamenté.

—¿Extrañas a tu hermana? —insistió.

—No —negué con la cabeza—. Ella nunca me trató bien. Me envidiaba, no me ayudaba en nada y me traicionó muchas veces. Lo de acostarse con mi novio fue la gota que colmó el vaso. Ya no sé nada de ella.

—Pero es tu familia, ¿no quieres perdonarla?

—La he perdonado muchas veces y siempre me lo paga volviéndome a lastimar. ¿Sabes qué creo, Adán? Que no hay que consentir según qué actitudes a nadie. Puedes marcar límites, hablar con esa persona y explicarle que te duele cómo te trata, pero si vuelve a repetir su patrón lo más inteligente es sacarla de tu vida —aseguré—. Da igual que sea tu mejor amiga, tu pareja o tu hermana. Si alguien te daña intencionadamente una y otra vez, esa persona no te quiere y no pinta nada en tu vida. Duele darse cuenta y cuesta más dar el paso de echarla de tu lado, pero considero que es importante.

—¡Guau! —exclamó—. En mi casa somos muy familiares, pero con tu explicación me has hecho entender que llevas razón. No hay que perdonar lo imperdonable.

—Quizá perdonar, sí. De esa forma no sigues atada a esa persona que te ha hecho daño —señalé—. Sin embargo, una vez que la has perdonado, hay que sacarla de tu vida.

—Es duro, pero es cierto —susurró.

Me puse nerviosa de repente porque quise preguntarle algo a él.

—Oye, ahora me toca preguntar a mí. —Reí.

—Claro —contestó risueño—. Dispara.

—¿Lo estás pasando bien o sigues pensando que soy la bruja que odia hombres?

Mi pulso se aceleró mientras esperaba su respuesta, que se me hizo eterna.

—Jamás he pensado que seas la bruja que odia a los hombres. Ni, tampoco, la enemiga del amor —señaló.

—¿Ah , no?

—No. De lo contrario, no te habría escrito.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? —Quise saber.

—Vi tus vídeos en redes y pensé que eras una mujer increíble a la que habían tratado mal en el amor. Alguien que estaba deseando amar, pero que le daba miedo porque aún le escocían sus cicatrices.

¡Joder! Adán parecía conocerme mejor que mucha gente de mi alrededor. Me estaba leyendo a la perfección sin apenas conocerme. Me sentí reconfortada y entendida.

Una lágrima resbaló por mi mejilla.

—Gracias, Adán —susurré.

Él volvió a cogerme de la mano.

—Me sentí unido a ti porque sabía que a los dos nos habían herido nuestros antiguos amores y pensé que juntos podíamos cambiar nuestra historia —aseguró.

—¿Cómo?

—Dejándonos llevar. Abandonándonos al amor —contestó.

Tragué saliva. Aquello estaba siendo precioso. Entonces, mi lado menos confiado salió a relucir.

—Como todo esto sea una estrategia para seducirme y, después, dejarme tirada, te mataré —aclaré.

Adán rio divertido.

—Naroa, por favor, deja de ser tan desconfiada —me recomendó —. ¿Acaso no te das cuenta de lo mucho que vales? Eres una mujer preciosa, guapa, sexy, divertida, con carácter y las ideas claras. Puedes volver loco a cualquier hombre de lo sensual que eres. Lo admito: quiero seducirte. Me gustas. Sin embargo, no pienso dejarte tirada después. Quiero hacerte el amor todos los días de mi vida.

¡Joder! Me excité sobremanera con su confesión. Adán también me atraía de una forma incontrolable. Era guapo, erótico, listo, irónico y no podía dejar de pensar en lo intenso que había sido nuestro encuentro sexual.

—Me muero de ganas por probar tus labios otra vez —dije en voz baja.

El deslizó sus grandes manos por mi cara antes de besarme con pasión. ¡Aquel beso me dejó sin respiración! Fue salvaje, sensual y tierno al mismo tiempo.

—Quiero entregarme a ti, cariño —confesó con picardía.

—¡Hazlo! —le pedí—. Vamos al hotel y hazme tuya.

Capítulo 12

Aquella noche hicimos el amor durante horas. Fue pasional, morboso, muy placentero e inolvidable.

Jamás un hombre había invertido tanto tiempo en regalarme placer, en acariciarme con mimo, en hacerme sentir deseada.

Fue un espectáculo privado solo para dos.

Fue sexo en estado puro.

Fue delirio.

Fue divertido.

Y, sobre todo, fue el momento en el que decidí quitarme las corazas con Adán. Iba a disfrutar de aquello, fuese lo que fuese. Si era solo una aventura, ¡bienvenida! Si lo nuestro quedaba en una amistad rebosante de complicidad, me sentiría una privilegiada. Pero si aquella relación nos hacía inseparables y se transformaba en amor con el tiempo, quería descubrirlo. Me lo merecía.

Después de nuestro último asalto de la noche, caímos rendidos sobre la cama.

Adán me miró mientras sonreía.

—¿Qué? —pregunté divertida.

—Me encantas.

—Y tú a mí —contesté.

—Se nota —respondió entre risas—. Llevamos más de cuatro

horas follando. Sin embargo, quiero que sepas una cosa.

—Dime.

—No imaginaba que fueses así —señaló.

—¿Cómo?

—Tan espectacularmente maravillosa.

Capítulo 13

Es curioso cómo somos las personas, que no recordamos lo maravillosas que somos hasta que no viene otra persona y nos los dice. Entonces, volvemos a ser conscientes de lo fabulosas que somos.

Adán, durante esos días, no paraba de decirme cosas preciosas. Lo más fuerte era que no sonaba falso ni para conseguir llevarme al huerto. Básicamente porque ya me había llevado. Se le notaba que lo decía con el corazón, y eso era brutal.

Aquel día lo pasamos en grande. Al despertar, hicimos el amor. Después de ducharnos, salimos a tomar café y unas tostadas a una terracita cercana al hotel. Regresamos para entregarnos al placer de nuevo. A continuación, comimos pescado en un restaurante ideal. Y, ahora, ¡no te lo vas a creer! Adán me había llevado a una celebración familiar. ¡A mí! No llevábamos ni dos días conociéndonos y él me había metido en su círculo más íntimo. Aquel gesto me encantó.

Estábamos en la fiesta de compromiso de su prima. Habíamos ido a una finca preciosa, apartada de la ciudad. Había como unos cincuenta invitados. Conocí a sus padres, que fueron encantadores. También a su hermano, que era más joven y fue con su novio. El resto de la familia era divertidísima.

Todos lo estábamos pasando de maravilla. La fiesta era al aire libre. Había comida y bebidas en distintas mesas para que cada uno se sirviese la que se le antojase. Sonaba música para bailar. Y yo, lejos de sentirme desubicada, lo estaba pasando genial. Todos eran muy agradables y consiguieron que me sintiese integrada al momento.

—Tu familia es muy guay —le dije a Adán.

—Lo sé —contestó mirándome a los ojos mientras sonreía—. Gracias.

—Te agradezco que me hayas traído a aquí. Le hice saber—. Lo estoy pasando muy bien.

—¿Ah, sí? —Jugó mientras me rodaba con sus brazos y me pegaba a él—. ¿Bailamos?

—Me encanta bailar —respondí entre risas—. Pero...

—Hace mucho tiempo que no lo haces con un hombre, ¿no? —terminó la frase por mí.

—Exacto —asentí.

—No pasa nada —susurró. Entonces, pegó su boca a mi oído—. Yo también hace mucho tiempo que no bailo con una mujer. Sin embargo, a juzgar de lo bien que nos hemos compenetrado en la cama, creo que lo haremos bien.

Solté una carcajada.

Me encantaba que fuese tan picante, que me hiciese cómplice de sus juegos y que me provocase una sonrisa en cualquier momento.

—Adán, estoy un poco asustada —dije medio en serio, medio en broma.

—¿Por qué?

—Porque me estás gustando mucho —suspiré—. Y no sé cómo manejar la situación.

—Creo que esa es la magia, ¿no? —contestó—. Cuando sientes

algo por alguien no hay que manejar la situación, hay que dejarse llevar.

Nos fundimos en un beso que cada vez sabía más a verdad.

—Voy a dejarme llevar —confesé.

—Perfecto, cariño. Me encanta oír eso, porque yo también lo estoy haciendo —aseguró. Deslizó su mano hasta mi cintura—. ¡Venga, preciosa! ¡Vamos a bailar!

Nos acercamos hasta donde estaba bailando todo el mundo y nos dejamos llevar por el ritmo de una balada de Laura Pausini. ¡Joder! Aquel instante fue único. Los dos moviéndonos despacio, acompasando nuestro latidos, respirando el mismo aire. Yendo al mismo ritmo.

Entonces, se nos acercó uno de sus primos y exclamó:

—¡Joder, Adán! Ha venido. No me lo puedo creer.

Adán me miró extrañado, como intentando tranquilizarme con la mirada.

—¿Quién ha venido? —pregunté.

—Mi ex —aclaró él.

Capítulo 14

Antes de continuar, tengo que explicarte que pude comunicarme de maravilla con todo el mundo porque yo hablaba italiano. En realidad, hablaba español, inglés, francés e italiano. Me había formado en Idiomas y Turismo, y hasta hacía un año, cuando decidí dedicarme a empoderar mujeres, trabajaba en Madrid como guía turística.

Muy bien. Aclarado este punto, ¡prepárate porque vienen curvas!

—¿Qué hace tu exnovia aquí? —pregunté confusa.

—Está saliendo con uno de mis primos —contestó.

—Pues sí —bufé—. Tenemos mucho en común. Ahora comprendo por qué me entiendes tan bien.

—Hay una cosa de ella que no te he contado —comentó algo nervioso.

—¿Qué?

—Es un poquito tóxica y, aunque fue ella la que me dejó y se lio con mi primo, sigue un pelín obsesionada conmigo —alegó.

—¿Cómo?

—No pensaba que fuese a venir —confesó.

—¿Quién es?

Me agobié un poco. Yo pasaba de esas movidas: de celos, de relaciones tóxicas.

—La que viene a toda pastilla hacia nosotros —señaló.

Entonces vi a una chica alta, rubia, con los pechos superoperados y enfundada en un vestido rojo, como de látex, muy ajustado, que venía a toda velocidad.

—¡Adán, eres un cabrón! —chilló ella.

¡Joder! Se iba a liar. Sin embargo, yo ignoraba cuánto.

—¡Ginevra, tranquilízate! —le pidió él.

—¡No me da la gana! —espetó ella—. ¿Te has propuesto joderme la vida, desgraciado? —dijo su ex.

La chica cogió un plato con pasteles antes de continuar su trayecto hacia nosotros.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Adán—. ¡Para!

Ginevra se plantó delante de él y le estampó un pastel en la cara.

—¿Estás mal de la cabeza? —bramó él.

—¡No! —gritó ella—. ¡Tú estás mal de la cabeza! ¿Cómo se te ocurre traer a esa guarra a la fiesta?

—¡¿Perdona?! —exclamé ofendida—. No soy ninguna guarra, ¿entendido? Además, Adán puede hacer lo que le dé la gana. No tiene que darle explicaciones a nadie y menos a ti.

La rubia se colocó justo delante de mí con chulería.

Yo no me achiqué.

—¿Por qué a mí no? —disparó.

—Porque tú le pusiste los cuernos y lo manipulaste a tu antojo —contesté.

—Serás zorra —espetó ella.

Entonces, cogió uno de los pasteles y me lo aplastó en la cara.

—¡Cómetelo! —berreó—. ¡Por guarra!

Yo no me vine abajo y decidí jugar a su juego. Le arrebaté uno de los pasteles y se lo puse de sombrero.

Ella enloqueció cuando le cayó el dulce por el pelo y la cara.

—¡Te voy a matar, pedazo de puta! —chilló desquiciada.

Adán la sujetó antes de que hiciese nada más.

—Ginevra, eres muy injusta —le dijo serio—. Me rompiste el corazón y te perdoné. Comenzaste a salir con Alejandro y os felicité. Ahora, conozco a una mujer maravillosa que me hace feliz, ¿y te comportas así?

Me sorprendió su firmeza y serenidad. Yo la habría estrangulado. Sin embargo, Adán optó por la diplomacia.

De repente, sin venir a cuento, Ginevra se puso a llorar.

—Lo siento, Adán. ¡Tienes razón! Perdóname —sollozó.

¡Joder! A aquella mujer le falta un cocido... o dos.

Entonces, clavó sus ojos en los míos.

—Discúlpame. No sé cómo he actuado de esa forma tan irracional —dijo ella.

«Porque estás mal de la cabeza, cabrona», quise responder, pero me callé para no agitar más el ambiente.

Sin decir nada más se dio la vuelta y salió corriendo.

¡Caray! ¿Qué había pasado?

—¿Estás bien? —me preguntó Adán.

—Estoy en *shock* —contesté—. Intentando asimilar lo que acaba de suceder.

—Ginevra es una niñata mimada que no sabe lo que quiere en la vida —comentó el primo de Adán que nos había avisado de su llegada—. Es terca, indisciplinada, irritable y egoísta. Seguro que Alejandro, nuestro primo, le ha dicho que has venido acompañado y se ha vuelto loca. Su temperamento es incorregible.

—¿Y por qué se lo consentís? —Quise saber.

—Por Alejandro —contestó el primo mientras observaba cómo corría la desquiciada de Ginevra—. Por la familia se hacen cosas sorprendentes.

—Hasta que comprendes que no van a parar de hacerte daño ni de tratarte mal y tienes que sacarlos de tu vida —añadió Adán.

Me sorprendió al escuchar su comentario. Los ojos se me volvieron vidriosos. Estaba haciendo referencia a lo que le conté de mi hermana e iba a seguir mi consejo.

—No sería mala idea —señaló el primo—. Yo no la trago. ¡Que la aguante Alejandro!

Cogí a Adán de la mano para hacer lo mismo que hacía él, lo que mejor se le daba: preocuparse por los demás.

—Adán, cariño, ¿estás bien?

Capítulo 15

Aquella noche, después de la fiesta, fuimos al hotel. Nos duchamos juntos para quitarnos los restos de los pasteles que la mamarracha de Ginevra nos había arrojado y para limpiarnos del sudor. Habíamos bailado y sudado mucho.

Después, nos tumbamos desnudos sobre la cama.

—Siento lo de mi ex —se disculpó.

—No pasa nada. Ahora tengo una anécdota supergraciosa para contar. —Hice un ademán con la mano—. Además, tú no has tenido la culpa.

—Lo sé, pero quizá si no te hubiese llevado a la fiesta no habría pasado nada —apuntó—. No tenía que haberme arriesgado.

—Lo he pasado de maravilla en el lugar —contesté mientras le acariciaba el brazo con la yema de mis dedos—. Mira, he sido testigo de que las mujeres también podemos ser unas auténticas cretinas en el amor. Que no es solo exclusivo del género masculino. —Reí—. Yo solo lo había visto desde mi punto de vista. Me encabroné con los hombres y no cedí. No quise dar mi brazo a torcer. Sin embargo, hoy he comprobado que muchos ex son gilipollas, independientemente de que sean hombres o mujeres. Quizá he sido un poco extremista, pero estaba herida. Sé que no es una excusa. Sin embargo, quiero que me entiendas.

—Celebro tu reflexión —susurró Adán antes de besarme en la boca con ternura—. Y te entiendo, cariño. Claro que te entiendo.

—Gracias —contesté—. Y, siguiendo con la fiesta, ¡ha sido fabulosa! Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. Así que eso me lleva a otra reflexión.

—¿A cuál?

—A que has hecho bien arriesgándote al llevarme —añadí—. A que hay que arriesgarse en la vida.

—¡Uf! Eso me encanta.

—Yo voy a arriesgarme contigo —confesé.

—Pisas sobre seguro, Naroa —alegó—. No te arriesgas. Yo siento lo mismo.

—Tal vez sea así, pero llevo mucho tiempo desconfiando del amor. Llevo demasiado tiempo siendo la enemiga del amor —reflexioné—. Y ya me he cansado de pisar sobre seguro, de vivir a medias.

—¿En serio? —Sonrió.

—Sí. ¡Contigo voy a por todas!

—Y yo contigo.

Aquella noche no follamos. Aquella noche hicimos el amor. Fuimos testigos, bajo las sábanas, de lo más bonito y alucinante que nos iba a pasar nunca: nuestra pasión, nuestro cariño y un futuro donde jamás nos separaríamos.

Capítulo 16

El domingo iba a ser nuestro último día juntos y cada vez me daba más pena separarnos. Cuando me desperté, Adán no estaba en la cama. Me incorporé para llamarlo, pero no respondió.

Entonces, abrió la puerta de la habitación y apareció con una bolsa de papel.

—Buenos días, preciosa—saludó mientras sonreía—. ¿Cómo estás?

—Buenos días —respondí, devolviéndole la sonrisa—. Pensé que te habías dado a la fuga. Ahora que veo que has vuelto, estoy mejor —bromeé.

Adán se sentó a mi lado.

—He ido a por el desayuno —confesó orgulloso—. Café y repostería italiana. ¿Qué te parece?

—¡Que huele de maravilla! —Le di un beso en la boca—. Y que es un detalle precioso.

—¿Te gustan estos detalles? —susurró.

—Me gustas tú —admití.

Estaba feliz. Por primera vez, en muchos meses, había bajado las defensas, me había quitado las corazas y estaba fenomenal. Me sentí orgullosa de mi actitud. De ser valiente ante el amor. De no dejarme llevar por la tozudez.

—Este fin de semana te ha cambiado mucho, ¿no? —dijo Adán entre risas.

—Creo que no me ha cambiado —reflexioné—. Al contrario, estos días a tu lado han conseguido recuperar a la verdadera Naroa: la que disfrutaba de todo, la que se dejaba llevar. Y, de esa forma, ha acallado a la desconfiada, a la que le rompió el corazón su ex.

—Eso es precioso, cariño.

—Pero no he olvidado lo que me pasó —admití—. Aprendo del pasado. Y no voy a dejarme llevar al cien por cien. Lo siento. Tengo mis ritmos y no quiero precipitarme. Apenas te conozco, Adán. Me gustas, creo que puedo confiar en ti y que nuestra relación puede ser maravillosa. No quiero perderme lo que pase entre nosotros y, además, quiero disfrutarlo a tope. Sin embargo, aunque lo disfrute, iré con precaución.

—Me parece perfecto —contestó sin dejar de sonreír.

—Gracias por entenderme —susurré.

—Recuerdas que a mí me pasó algo similar a ti, ¿no? —comentó —. Estamos en el mismo punto.

—Eso se nota. Nos entendemos genial.

—¿Quién iba a decir que nuestras heridas iban a sanarse juntas? —reflexionó.

Aquel comentario me encantó. Y, ¿sabes qué? Iba a dar otro paso para sanar el pasado.

Cogí el teléfono móvil y abrí la aplicación de Instagram.

—Voy a subir una foto nuestra a las historias para que todo el mundo sepa que ya no soy la enemiga del amor. —Le hice saber—. Quiero que sepan que eres maravilloso y que estoy feliz por haberte conocido.

—¡Perfecto! —celebró Adán.

Entonces vi algo que me cabreó sobremanera. Una publicación

que me enervó.

—¡Será zorra! —exclamé.

Capítulo 17

—¿Qué pasa? —Quiso saber Adán.

—Elena me ha mentido —solté disgustada.

—¿Quién es Elena?

—Una de mis mejores amigas y mi representante. ¡Mira! —espeté al mismo tiempo que le mostraba la pantalla de mi teléfono —. Su hermana ha subido un *reel* en Londres hace tres minutos.

—¿Y eso es malo por...? —preguntó él un tanto confuso.

—Porque mi amiga me dijo que no podía venir a Roma conmigo porque su hermana iba a Madrid y tenía que estar con ella —contesté—. ¡Todo era mentira!

—Quizá el vídeo lo grabó en otro momento y lo ha subido ahora, ¿no? —divagó Adán.

—Ahora salimos de dudas.

Entonces busqué el número de Elena en mi agenda y la llamé.

Mi amiga respondió al segundo tono.

—Buenos días, Naroa —contestó—. ¿Cómo estás?

—Buenos días, Elenita. —Contuve las ganas de chillarle—. Muy bien. ¿Cómo estás tú?

—Genial, cariño. ¿Qué haces?

—Estoy en la habitación del hotel —suspiré—. Acabo de despertarme. ¿Tú qué haces? ¿Cómo está tu hermana?

—También en la cama —dijo antes de bostezar—. ¿Mi hermana? Bien. Bien. ¿Por?

—No —resoplé—. Por nada. Solo para saber si estabais pasándolo bien juntas.

—Sí. Se lo está pasando muy bien —mintió—. Ya sabes que a Camila le encanta Madrid y como hace tan buen tiempo, aunque estemos en septiembre, está disfrutando mucho.

—Y en Londres también, ¿no? —solté molesta.

—¿Cómo? —Mi amiga elevó la voz.

—He visto en Instagram que está en Londres, Elena. ¡Me has mentido! —la acusé.

—¡Vale! ¡Lo admito! No estoy con mi hermana —bramó—. ¡Joder! Camila es gilipollas, ¿cómo se le ocurre subir un vídeo a las redes?

—No, hija —protesté—. Yo soy la que es gilipollas por creerte. ¿Por qué me has mentido, nena?

—Porque estoy hasta el coño de tus charlas antihombres —vomitó—. Este finde lo estoy pasando en casa de mi novio.

—¡¿Qué?! —chillé—. ¿Tienes novio?

—Sí. Lo llevo casi en secreto, pero estamos hace cuatro meses juntos —confesó—. Me daba miedo contártelo y que intentaras comerme la cabeza con tus disparatadas teorías.

—¿Pero siempre me has seguido la corriente, Elena? —sollocé.

—Para que no sospecharas que estaba conociendo a un chico y soy muy feliz con él —contestó a la defensiva—. Sé que soy tu repre, pero ya no creo en tu trabajo. Por ese motivo me quise despedir. Siento si te he decepcionado al mentirte.

—No estoy decepcionada —dije en voz baja—. Estoy dolida contigo y conmigo. Me duele que no hayas tenido el valor de contarme algo tan bonito para ti. Me duele que haya estado tan

obsesionada por vengarme y odiando a los hombres, que mi ex que mi mejor amiga no se haya atrevido a decirme que tiene una relación que la hace feliz. Yo soy la que lo siente, Elena. ¿Me perdonas?

Entonces mi amiga rompió a llorar.

—Claro que te perdono, Naroa. Sabes que te quiero mucho. Espero que puedas perdonarme mi mentira.

—Desde luego, nena. Yo también te quiero mucho —suspiré—. Cuando vuelva a casa tenemos que tomarnos un largo café, charlar y darle una vuelta al enfoque de nuestro negocio.

—¡Eso me encantaría, cariño! —celebró.

—Oye, ¡me alegro muchísimo de que estés conociendo a alguien y de que te haga feliz!

—Gracias. ¿Qué tal te va con Adán? —Se interesó.

—Mejor de lo que pensaba —le dije mientras observaba a mi nueva conquista—. De hecho, tengo que colgar ahora porque voy a hacer el amor con él.

—¿Cómo? ¿Que vas a hacer qué? —preguntó.

Colgué sin responder. Tenía asuntos más urgentes que atender.

Adán y yo volvimos a entregarnos al placer sin importar nada más que él y yo.

Capítulo 18

Me sentía triste porque ya me iba a Madrid. Adán y yo estábamos en el aeropuerto, esperando a que en unos minutos pudiese embarcar.

—¿Lo has pasado bien? —Quiso saber.

—Mucho. Ha sido un fin de semana maravilloso —aseguré.

—¿De verdad? —Sonrió.

—Me has ayudado a conectar conmigo misma —revelé—. Y he hecho más veces el amor que en los últimos dos años.

Él soltó una carcajada.

—Ya sabes que septiembre es la época ideal para volver a hacer ejercicio —bromeó.

—Este mes me borro del *gym* porque estoy agotada. —Le seguí el juego.

—¿Vas a volver a tu papel de enemiga del amor? —preguntó nervioso.

Ahora fui yo la que soltó la carcajada.

—No. Eso ya no va conmigo —aseguré—. Este fin de semana he disfrutado mucho.

—¿Repetirías otra vez? —disparó.

—Un millón de veces más —dije convencida.

—¿Y si no te vas? —me propuso—. ¿Y si te quedas unos días

más conmigo?

—Suena tentador.

—Piénsalo, cariño.

Entonces, Adán me rodeó con sus brazos.

—¿Qué tengo que pensar? —Quise saber—. Mi avión sale en unos minutos.

—Yo vuelvo a Madrid el viernes de la semana que viene —señaló —. Quédate y volvemos juntos.

—¿Y qué hago mientras?

—Podemos salir a cenar, pasear por las calles de Roma, ir a la Toscana, hacer el amor en el hotel durante horas...

—Creo que me estás convenciendo —susurré.

—¿Aún no lo estás?

—Falta una cosa —jugué.

—Dime.

—Quiero que me ayudes a algo —le pedí.

—Claro, cariño. Haré lo que quieras.

Capítulo 19

Mi petición no fue estrambótica ni nada complicada de hacer. Sin embargo, tenía que echarle valor y sabía que si lo hacía con él, sería más fácil.

Abrí la app de Instagram y comencé un directo con la cámara selfie.

—Buenos días a todas —saludé. ¡Joder! Estaba nerviosa—. Sé que llevo un par de días desaparecida, pero he estado muy ocupada y me han pasado muchas cosas. Os cuento, ¿vale? Acepté la propuesta de Adán, el pirado de las redes que me propuso pasar un finde con él en Roma, y aquí estoy. Mirad, chicas. ¡Estoy al lado del Coliseo!

Giré el teléfono para mostrar a mis seguidoras el majestuoso monumento.

—Este finde he viajado en *scooter*, he ido a una fiesta de compromiso italiana, me han tirado un pastel a la cara y yo le tiré otro a la persona que me atacó. —Reí al recordar la anécdota—. He comido de maravilla. Y he conocido a un hombre fabuloso. Es atento, simpático, le preocupan mis sentimientos y sabe escuchar. ¡Sí, chicas! Existen hombres así. Adán es un tío divertido, agradable y encantador.

Entonces enfoqué a Adán, que estaba a mi lado. Él saludó con la

mano.

—¡Hola! —exclamó—. Naroa también es fabulosa.

Nos dimos un beso rebosante de ternura.

—Además ya veis que es guapísimo y está muy bueno. —A continuación, bajé un poco la voz—. Y en la cama es un diez.

—¡Oye! —me riñó él con gracia.

—Vale. No digo nada más —agregué entre risas—. Estoy cansada de ser la enemiga del amor. Voy a dejar ese título para otra persona, aunque no se lo recomiendo a nadie. Si alguien te ha lastimado, mi consejo es que sanes la herida, pero que no hagas como yo: no te enfades con el mundo, con los hombres ni con la vida. No esperes a que venga otra persona y te recuerde que eres maravillosa. ¡Mírate al espejo y todos los días recuérdatelo tú misma!

Los comentarios de mis seguidoras se amontonaban felicitándonos y se alegraban por mí.

—Con esto no quiero decir que no luchemos por tener más derechos y ser más independientes, ¡esa lucha aún sigue!, ¿de acuerdo? —bramé—. Pero no podemos calificar a todos los hombres de ser unos cerdos si solo uno nos ha lastimado. Al igual que ellos, no pueden calificarnos a nosotras de lo mismo si una mujer les ha hecho daño.

—Eso se lo enseñé yo —añadió Adán feliz.

—Me gusta aprender de él —confesé—. Es una persona alucinante.

—Tú sí que lo eres —susurró.

—Bueno, chicas. Voy a cortar este directo ya porque se está poniendo muy empalagoso. —Reí—. Lo dejaré en el *feed* para que todo el mundo se entere de que ya no le declaro la guerra al amor. Prefiero disfrutarlo.

Entonces leí un comentario que me llamó la atención.

¿Ya te has enamorado de él? Tú eras la que pregonaba que no teníamos que fiarnos de los hombres y ahora, en dos días, te cuelgas de uno. Eres una hipócrita.

Solté una carcajada a antes de responderle. Sabía perfectamente lo que iba a decirle.

—No soy una hipócrita y siento que lo veas así —espeté—. Las personas evolucionamos. Tenemos derecho a cambiar de opinión. Me equivoqué y no me da miedo reconocerlo. Insisto, creo que la parte de que no debemos depender de nadie es un acierto. Aunque si a veces dependemos de amigas, familiares o pareja, no pasa nada. Pero con el amor fui injusta porque pensaba que el amor había sido injusto conmigo. Sin embargo, he comprendido que eso no era amor. Mi ex no me quería, solo me utilizaba. Así que cuando he sentido lo que es que alguien se preocupe por ti de verdad, he comprendido que el amor es algo parecido y eso sí que lo quiero en mi vida.

—Joder, cariño —señaló Adán—. Eso es precioso.

—Gracias —contesté orgullosa—. Muy pronto volveré con más noticias y cambios en mi vida. Ahora me voy a disfrutar del unos días extra en Roma con el hombre más maravilloso que he conocido nunca.

Corté la conexión antes de fundirme en un ardiente beso con Adán.

—Oye, no le has respondido a la chica del comentario —señaló —. ¿Estás enamorada?

—No. —Reí—. Es muy pronto para enamorarme.

—¿No crees en los flechazos?

—No lo sé —susurré—. Creo que para enamorarse hay que conocer muchas cosas de la otra persona: lo bueno y lo malo. Sus

gustos, inquietudes, aficiones y un montón de cosas más.

—Coincido contigo —celebró—. Sin embargo, voy a añadir que tú a mí me encantas.

—Y tú me vuelves loca —contesté—. Y sé, que con el tiempo, puedo enamorarme de ti.

—Entonces no perdamos el tiempo, cariño. ¡Enamorémonos!

Epílogo

Un año más tarde

Había preparado una cena romántica. ¡Qué fuerte! Yo, la que hacía un año era la enemiga del amor, acababa de preparar una cena romántica a mi chico.

Adán llegó a casa de trabajar envuelto de sudor, me dio un beso y se sorprendió al ver lo que había organizado.

—¡Guau, cariño! —exclamó—. ¿Qué es todo esto? Has cocinado, has puesto la mesa con manteles de corazoncitos y, aunque huele a quemado, creo que has hecho todo con mucho cariño.

Vale. Lo admito. Se me quemó la lasaña. Era novata en hacer estas cosas, pero la intención era lo que contaba, ¿no?

—He pedido pizzas —señalé—. La cena se ha chamuscado un poco. Así que la opción b fue llamar a la pizzería.

—Voy a ducharme y ahora vemos lo que hacemos, ¿te parece bien? —soltó un tanto esquivo.

—¿No sabes qué día es hoy? —pregunté un tanto preocupada.

¿Cómo se le iba a pasar? ¡Adán era el hombre más romántico que jamás había conocido! ¿Cómo se le iba a olvidar que hoy hacía un año que nos habíamos conocido?

—¿Sábado? —contestó.

—¿Y?

Él se encogió de hombros.

—Lo siento, mi vida —resopló—. Estoy agotado de tanto curro. No tengo ni idea. Dímelo tú.

—No pasa nada. Ve a ducharte y luego nos comemos las pizzas.

Adán fue al cuarto de baño mientras yo me quedaba en el salón dándole vueltas a la cabeza. ¿En serio no se acordaba de nuestro aniversario? ¿Ya se le había pasado el romanticismo? ¿Iba a dejar de ser detallista? Esperaba que no, porque eso me encantaba en él.

Cada vez me fui cabreando más y más. Hasta que no pude más y decidí ir a buscarlo para abroncarlo.

Entré en el baño. Él estaba desnudo duchándose. ¡Uf! Qué sexy era.

—Entra —me dijo.

—No —negué con la cabeza—. Estoy vestida y no pienso desnudarme.

—Pues entra con ropa, ¡es muy morboso!

—¿Estás loco? —espeté—. En realidad he venido para...

Adán me agarró del brazo y me metió debajo de la ducha, pegada a él.

—¡Uf! Cuando la ropa se te pega por el agua e intuyo todo tu cuerpo, ¡me pongo a mil!

—Pues guárdate las ganas de follar porque no venía a eso —solté—. Venía a...

—Echarme la bronca porque pensabas que me había olvidado de nuestro aniversario, ¿no? —me interrumpió—. Déjame adivinar. Seguro que has estado pensado que cómo me he podido olvidar, que ya no soy detallista y que cómo te podías haber enamorado de un hombre que no se acuerda de una fecha tan importante. Que quizá te equivocaste al dejar de ser la enemiga del amor y que ahora te dediques junto a Elena y a una psicóloga a ayudar a mujeres a

encontrar a su media naranja.

—Lo de mi nuevo negocio no lo había pensado. —Reí confusa.

—Puedes quedarte tranquila, mi amor —dijo antes de besarme —. No me he olvidado. De hecho, en media hora llegará una limusina que he contratado para que nos lleve a un restaurante donde nos esperan nuestros amigos para celebrar que desde un año soy el hombre más feliz del mundo porque te conocí.

¡Joder! ¡Esa era la persona de la que me había enamorado! El que cada día me recordaba que era maravillosa, aunque yo lo supiese ya.

—¿En serio? —pregunté estupefacta.

—Así es. —Sonrió—. ¡Feliz aniversario, mi amor!

—Feliz aniversario.

No besamos con pasión.

—Y yo solo he preparado una lasaña quemada y he encargado dos pizzas —sollocé.

—También me parece romántico.

—¿Sí? —Reí.

—Claro, mi vida. Mientras sea contigo, todo es romántico —aseguró.

—Me encanta cuando te pones cursi —bromeé.

—Lo sé. —Me siguió el juego.

—La limusina llegará en media hora, ¿no?

—Sí —contestó—. ¿Por?

—Porque entonces tenemos tiempo para intimar bajo la ducha, ¿verdad?

—Desde luego. Para eso siempre hay tiempo.

Eso era lo que más me gustaba de nuestra relación: que pasase lo que pasase, siempre teníamos tiempo para nosotros. Para escucharnos, para entendernos, para cuidarnos. Porque siempre

seríamos nuestra prioridad.

Agradecimientos

Gracias a Luis, Roscón y Zara. ¡Os quiero! Vosotros sois amor puro. Y me alegráis la vida.

A Hollie Deschanel, ¡gracias por tu amistad! Te quiero, mamarracha.

A Reyes y Patri, ¡mis hermanas! Gracias por apoyarme y leerme. ¡Os quiero mucho!

A mi familia, ¡gracias por quererme!

A mis amigos y amigas, ¡sois los mejores!

A Lola y a todo el equipo de Selecta, ¡gracias por ser el altavoz de maravillosas historias de amor!

A mis lectoras y lectores, ¡gracias por emocionaros con mis historias!

A ti, que estás leyendo este libro. ¡Mil gracias!

Daniel de la Peña

Cuando no puedes con el enemigo, alíate con él.

Cuando te da miedo el amor, idéjate llevar!



Para **Naroa** el amor es un cuento que solo existe en las novelas románticas. No cree en la pasión, en la fidelidad ni en entregarse a alguien **porque siempre que lo ha hecho ha resultado herida**.

Así que Naroa se declara en la enemiga oficial del amor y para ello ha montado una escuela para enseñar a las mujeres a no depender de nadie y a no dejarse engañar por «amor». La escuela funciona de maravilla y ayuda a decenas de mujeres a ser independientes, **¡la revolución contra el amor es un verdadero éxito!**

Hasta que **Adán** se cruza en el camino de Naroa y dinamita todo su mundo. Él es un hombre **sensible, cariñoso, divertido y, además, está buenísimo**. Entre ellos surgirá una química incontrolable que hará tambalear los cimientos del odio hacia el amor por parte de Naroa.

¿Será más fuerte el amor que el odio?

¿Naroa volverá a enamorarse o seguirá siendo la enemiga del amor?

Daniel de la Peña. Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras, Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0.* Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influercers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.



Edición en formato digital: octubre de 2026

© 2026, Daniel de la Peña
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-02-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La enemiga del amor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Daniel de la Peña
Créditos